

con una sonrisa angelical las visitas de innumerables cristianos, que corren presurosos á tributarle sus homenajes de cariño en sus últimos instantes; todos vierten amargo llanto, todos los corazones palpitan dolorosamente en presencia de aquella Virgen Divina que va á desaparecer para siempre, dejándoles sumidos en una angustiosa orfandad. Sola María, arrobada en castas delicias, permanece serena ante aquella escena desgarradora: cariñosa y tierna, destilando sus lábios mirra prima, dirige á los discípulos palabras más dulces que la miel y llenas de esperanza, animándoles á continuar la grande obra de la regeneracion comenzada. Pero ha sonado en el reloj de la eternidad la hora de su feliz tránsito: extiende sus brazos maternales sobre sus huérfanos hijos: levanta sus ojos hácia el firmamento en donde se le presenta la faz radiante de su Unigénito, que la llama á las eternas bodas del Cordero: su corazon inflamado con un fuego celestial no puede tolerar las ardorosas avenidas del amor divino que le inundan y abrasada en su voraz incendio, exclama: "Sostenedme con flores, alimentadme con el aroma de las manzanas, porque estoy narcotizada de amor: la izquierda de mi amado debajo de mi cabeza y su derecha me abrazará: yo soy para mi amado; y mi amado es todo para mí: introduzcanme á las bodegas del vino y bésenme con el ósculo de su boca." Una voz entonces, semejante á aquella que desgajaba las montañas de Basan y del Carmelo, la voz del anciano de las eternidades resuena en sus oídos. "Ven, la dice, hermana mia, mi paloma agraciada; muéstrame tu rostro en las hendiduras de la piedra: ven, dulce encanto de mis castos amores, abandona para siempre los cedros del Líbano; la dulce primavera ha desarrollado todas sus galas, los campos reverdecen, el canto de la tórtola ha anunciado la estacion de las flores, la azucena matiza nuestros campos, la rosa empieza á abrir su perfumado cáliz. Ven, para que seas honrada como Emperatriz, Soberana de los cielos y de la tierra." El semblante entonces de María aparece sonrosado con el carmin

del cielo y en un momento de adoracion extática la humildísima Virgen de Nazareth cae dulcemente embriagada en el seno de Dios.

¿Quién pudiera expresar dignamente la solemne entrada de María en la Sion celestial y los honores con que la distingue la Trinidad Beatísima? No se trata aquí de los aplausos que mereciera del pueblo de Betulia, no de aquella valiente amazona vencedora de las huestes de la Siria, no de las distinciones decretadas á la impertérita Jael por haber dominado la pujanza de Cisara y despedazado el yugo que oprimía á Israel. Débiles sombras, desapareced, huid á esconderos en las vastas soledades de la tumba. Se trata del interés de todo un Dios, esforzando todo su poder para glorificar á su Santísima Madre, la que hoy, colocada en el grande altar que los siglos le han dedicado, recibe la ovacion más cumplida de todos los moradores de la Jerusalem eternal, la que hoy rasgando las nubes se sobrepone á todas las jerarquías angélicas, como canta la Iglesia, la que hoy hendiendo los aires va á tomar posesion del imperio universal del orbe, la que traspasando el espacio penetra en las regiones de la inmensidad para dividir el poder con el mismo Dios y regir desde allí los destinos del mundo moral. Es María la hermosa flor del campo y el lirio de los valles; es la coredentora de todos los siglos, la que inauguró la dicha y libertad del hombre esclavo compartiendo con Jesús en la vehemencia de sus crueles dolores, el sacrificio cruento del Gólgota. Se trata de felicitar con cánticos de alabanzas y signos de bendicion y de victoria á la más hermosa perspectiva de Dios, al gran prodigio que apareció en la tierra. Nobles y príncipes de la Sion celestial, levantaos, abrid vuestras puertas; elevaos, puertas eternas y franquead el paso á la Reina de la gloria. Adore la tierra con profundo respeto á esa belleza sin semejante; póstrese el cielo ante esa grandeza sin par. Hoy es el dia feliz. San Juan Damasceno dice, que descansa pacífica en la region de los inmortales, en el templo verdadero del Se-

ñor, en la Jerusalem celestial, no fabricada por manos humanas la arca sagrada que mereció concebir y aparentar en su seno al Dios de la eternidad. Hoy el anciano David ve colocada su dicha y rebosa en júbilo al contemplar á su hija hecha el objeto de una gloria sin término; y á los acentos de este rey profeta acompañan los ángeles con sus arpas de oro; celébranla los arcángeles; glorificanla las virtudes; regocíjense los principados; las potestades la engrandecen; los tronos la festejan; apláudenla las dominaciones; extasíanse los querubines y los serafines entonan sus triunfos. Hoy el Eden delicioso recibe en su seno á esa Virgen inmaculada, cuyo corazón virginal jamás fué empañado con el aliento de terrenales afecciones. Si como hija de Adán descendió momentáneamente á la tumba, como Madre de Dios reinará eternamente en el cielo. Asociada á la omnipotencia del Padre, á la sabiduría del Hijo, y al amor del Espíritu Santo, es un medio día eterno que no tendrá occidente. ¡Qué anhelo habría en la corte celestial para colocar en medio de su coro á la que era su lustre y ornamento! Los patriarcas, alegando sus derechos legítimos, la querían para sí, porque de ellos había nacido y les pertenecía por el origen y por la sangre: los profetas la querían para sí, porque María había sido el blanco de sus vaticinios, el término de sus predicciones: los apóstoles pedían este tesoro inestimable, porque había sido su maestra y directora, y la reconocían por cabeza del Colegio Apostólico: los mártires reclamaban esta preciosa margarita del Oriente, porque á todos les había excedido en la grandeza de su martirio; los doctores pedían á voz en cuello á esta Virgen más agradada que el oro óptimo que se engendraba en el Paraíso, porque ella era la Madre del Doctor de los doctores, de la sabiduría increada: las vírgenes, en humildes súplicas, la reclamaban también, porque ella había levantado el estandarte de la virginidad y había sido el modelo más perfecto de pureza: todos solícitos de su honor se interesaban en sus glorias; pero el Verbo Eterno, á quien per-

tenece más que á todos, dijo estas sublimes palabras que impusieron silencio á los moradores del tálamo eterno: “Ven, escogida mía, que en tí voy á colocar mi trono: *Veni electa mea et ponam in te thronum meum*. Ninguno me dió más que tú en mi humildad; á ninguno quiero dar tanto como á tí en mi gloria. Me comunicaste en mi Encarnacion lo que era de la naturaleza del hombre; yo quiero comunicarte en tu Asuncion lo que es de la grandeza de Dios. Encerraste al Dios Niño en tu seno: recibirás al Dios inmenso en su gloria. Has sido la posada del Dios peregrino: tú serás el palacio del Dios reinante. Has sido el palacio del Dios militante: serás el carro de triunfo del Dios vencedor.” ¡Oh admirable reciprocidad! Así paga el amor su deuda. Vestíos del sol, calzaos de la luna, coronaos de estrellas, pasad al florido lecho. Los ángeles entonces entonan festivas canciones al Divino y himeneo: el esposo, prendado de su dulce atractivo, le dá los parabienes por su exaltacion y parte con su amada los derechos del trono, diciendo á las tres Iglesias: Ved aquí á la única, la hermosa y sin mancha, la escogida entre millares, la Reina graciosa entre todas las hijas de Jerusalem. ¿Os acordais, señores, de David, cuando queriendo premiar los servicios de Jonatás, mandó que su hijo Mifvose se sentase á su mesa y disfrutase los regalos y delicias del Palacio? ¿Os acordais de Faraon, cuando quiso honrar á José y poniéndole al cuello una cadena de oro le pregonó gobernador de la tierra de Egipto, mandando que todos se arrodillasen á sus plantas y nadie moviese el pié ni la mano sino á su voluntad y á su imperio? ¿Os acordais del rey Asuero, cuando extendiendo la vara de su clemencia sobre su querida Ester, la apellidó su hermana y la ofreció la mitad de su reino? ¿Os acordais de Salomon, cuando saliendo á recibir á su Madre Betsabé la sentó á su lado con igual honor y distincion, otorgándole cuanto deseara y pidiese? Todas éstas fueron demostraciones de amor y de cariño que llenaron al mundo de admiracion y se eternizaron en la boca de la fama;

pero, ¿cómo parangonarse con el cariño y amor de todo un Dios empeñado en distinguir á su Madre en el día de sus munificencias? Aquellas fueron sombras de honor y de grandeza; ésta es la misma verdad y la grandeza misma. María, señores, ricamente engalanada con las preseas de la gracia se sienta á la mesa de Dios para gustar el torrente inefable de delicias del palacio real. María es aclamada, no sólo gobernadora del Egipto, sino gran Señora de los cielos, de la tierra y de los abismos. Por eso se le ha puesto en las manos el cetro de los mundos: se le ha dado el imperio absoluto de todo cuanto existe, y lo que es más, el principado sobre toda gente, sobre todo pueblo.

Y despues de tantas prerogativas y de privilegios tantos, ¿cómo ha desempeñado María los oficios de ese título tan simpático de Madre de la Caridad? La historia de la Iglesia en diez y ocho siglos, en sus más preciosas páginas, no es más que la historia prodigiosa de su beneficencia maternal. María, regalándonos á Jesucristo, ha hecho aparecer en el mundo la verdadera edad de oro y la positiva libertad en la civilización del Evangelio: por María se ha obrado en el universo esa transformación moral en las creencias, en los hábitos, en las costumbres, en su constitución social. Mediante su benigna influencia han desaparecido avergonzados en los pueblos el despotismo y la tiranía: han cesado las sangrientas luchas del circo y el envilecimiento de unos pueblos que se arrastraban en la miseria y morían en la infamia. Debido á su ardiente caridad, la fraternidad cristiana ha sucedido al criminal egoísmo, y la humanidad, antes degradada, ha dejado de ser un enjambre de miserables esclavos, arrojados en fétidas viviendas, encorvados siempre bajo el látigo de sus bárbaros verdugos y dispuestos á morir á su capricho ó á pelear con las fieras en los juegos olímpicos para solaz de los césares y recreo de las matronas romanas. Por eso el cristianismo la saluda como aurora de la redención y entre las advocaciones con que la

alumbra ha escogido una la más expresiva y que comprende á todas: Madre de la Caridad. ¿Qué diremos si descendemos á contemplar sus beneficios particulares, para descifrar algo de los bellos encantos de su amor maternal? Decir Madre de la Caridad es resumir en cuatro palabras cuanto el alma puede apetecer de más embalsador, es reunir cuanto dulcemente vibra en el corazón humano, aunque el genio agote todos sus recursos, la poesía desarrolle toda la valentía de las inspiraciones y la música reúna toda la melodía de sus cánticos; nada se encontrará como este título tan propio para producir el arrobamiento y el éxtasis. ¡Madre! ¿No es ésta la palabra única que en todos los idiomas conocidos no tiene semejante, así por las sensaciones que causa, como por los efectos que instantáneamente inspira? ¡Caridad! ¡Amor! ¿Hay un solo sér á quien esta palabra no conmueva, no entusiasme, no saque fuera de su centro; no es el amor el alimento de nuestro corazón, la primera necesidad de nuestro espíritu, la pasión innata de nuestra alma, la condición esencial de nuestra existencia, el principio de nuestra vida y el bello ideal por quien sin cesar suspiramos? Quien no ama, dice un célebre autor, es un sér inútil en la sociedad, incapaz de obras heroicas. Personificada, pues, en María, estos dos nombres tan suaves como la sonrisa de los ángeles y tan consoladores como el pensamiento de los cielos, y luego vereis como por encanto aparecer en el seno de la Iglesia Católica un gran volcán fenómeno de caridad, cuyas llamas más impetuosas que las del horno de Babilonia, inflaman prodigiosamente á los moradores del cielo y á todos los habitantes de la tierra, vereis verterse sobre la inmensa ciudad del tiempo beneficios á millares que cubren el universo, recorren las edades, y pasan más allá del horizonte que admiramos para sepultarse con gloria en los abismos de la inconmensurable eternidad. ¡Oh! Cantémosle á María un cántico nuevo; resuenen las alabanzas de su caridad en la iglesia de los santos. ¡Con razón, señores, le pare-

ció poco á San Ambrosio comparar la caridad de María á un unguento oloroso que exhala los más esquisitos perfumes! Poco fué para el beato Alano titularla bálsamo celestial que cura todas las heridas; así como para San Efrén llave misteriosa que abre á los hombres las puertas del cielo! María nos ama con un amor invencible, dice San Jerónimo; María, según el Damasceno, es el laboratorio de todos los bienes; María, dice el Doctor Seráfico, es un mar insondable de donde afluyen los rios de la divina misericordia; María, dice San Epifanio, es un tesoro inmenso de salvacion, archivo opulentísimo de divinos dones, arca afluentísima de inefables consuelos. María es la tesorera de Jesucristo, plenipotenciaria del Monarca Supremo, el aliento y respiracion de los cristianos. María..... Basta, señores, os diré, por último, con el padre San Agustin, que por su mediacion suben al cielo los suspiros de los fieles para que desciendan los milagros de la que, inmensamente rica en caridad, tiene en sus manos los tesoros de la religion para que los reparta á quien quiera, cuando quiera y como quiera.

¡Honor y gloria á la Virgen Madre de la Caridad; loor y bendiciones mil á la Trinidad Beatísima, que en este dia de tan gratos recuerdos nos presenta para nuestro consuelo á nuestra Augusta Soberana, coronada con las flores del jardin del Espíritu Santo! Y vos, Santísima María, ilustrísima luz, encanto de los cielos, bendecid á mi pueblo, salvadlo de todos los peligros, grabad vuestra imágen hermosa en sus corazones y llevadnos á todos á gozar para siempre las sabrosas delicias de la gloria.—
AMEN.

SERMON

SOBRE EL

CORAZON DE MARÍA SANTÍSIMA

PREDICADO EN LA PARROQUIA DE VERACRUZ
EL 24 DE MAYO DE 1868

POR EL

PBRO. D. FRANCISCO FLORES

Omnis gloria ejus filliae regis ab intus.

Toda la gloria de la Hija del Rey, le viene de su corazon.

Psalm., 54, 14.

¿Por qué la Iglesia ostenta hoy su magnificencia y su gloria? ¿Por qué vestida con el cándido ropaje de los serafines entona himnos de júbilo y cánticos de alabanza? ¿Por qué se presenta como la esposa de los Cantares, perfumada con el humo del incienso y con los olores de la mirra? Porque celebra las virtudes y las glorias de María. Y siendo nosotros hijos de esa misma Iglesia, ¿no secundaremos sus designios tributando nuestros respetos á la que es objeto de sus cultos? El catolicismo reúne en este mes cuanto tiene de más poético, tierno y sublime para obsequiar á la Madre de Dios, ¿y preciándonos de católicos no apuraremos tambien nuestra piedad para